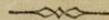


BIENAVENTURADOS LOS QUE ESPERAN

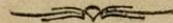


COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ALFREDO CHAVERO

ESTRENADA CON GRAN EXITO
EN EL TEATRO ARBEU LA NOCHE DEL 30 DE DICIEMBRE
DE 1877



MÉXICO

JOSE MARIA SANDOVAL, IMPRESOR
Calle de Jesus María número 4

1878

PERSONAJES

LA CONDESA DE MONJUICH.

MARÍA.

ALBERTO CERDÁ, abogado.

DON JOSÉ PARDABÉ, banquero.

EL DOCTOR PONS.

UN AYUDA DE CÁMARA DE LA CONDESA.

La escena pasa en Madrid durante el invierno. Epoca actual.

ACTO PRIMERO.

La decoracion de los tres actos es un elegante salon con pinturas, broncees, estatuas, etc. La pieza, cerrada, de forma octogonal. Al fondo, la puerta de la antesala; foro derecha, balcon en el segundo bastidor, y chimenea en el primero; foro izquierda, dos puertas practicables: la primera conduce á la habitacion de María, la segunda al gabinete de la condesa. Ajuar de lujo. Sofá junto á la chimenea. Trajes elegantes.

ESCENA I.

LA CONDESA *en el sofá*, y el DOCTOR, *á su lado*,
en un sillón.

CONDESA.

Juzgo, doctor, que es una infamia la que vd. me propone. Amo mucho á María, para que pudiera consentir.

DOCTOR.

La amara vd. como tierna madre, no la quería cual yo. Su felicidad es lo que busco. Vd. también, lo confieso. Si para ello emprendemos caminos diferentes, créame vd., el mío es el bueno. Juzgan vdes. con el corazón.

CONDESA.

Y vdes. los hombres sienten con la cabeza.

DOCTOR.

Verdad es; y ahí está nuestra superioridad. Pienso que un marido rico es preferible á uno pobre.

CONDESA.

Y á las pulsaciones del ardiente corazón de María, contestará con el sonido de sus onzas.

DOCTOR.

Pulsaciones son esas, que vibran siempre agradablemente. Confieso que preferir un hombre rico á un hombre amado, locura es que no merece perdón. Pero amar á un hombre rico, y con él casarse, es felicidad segura. Vd., condesa, fué muy feliz con su noble esposo millonario; y, muerto él,

sus riquezas sirvenle para pasar la vida tranquila de su viudez.

CONDESA.

Mucho amé al conde . . . y sin embargo, la única página negra del libro de mi vida, comienza por la ambición de oro (*Dice estas palabras con la tristeza de un recuerdo doloroso.*) En esa página, doctor, está escrito el nombre de vd. . . .

DOCTOR.

Deje vd., señora, tristes pensamientos . . . y créame. D. José de Pardabé es un rico banquero de Barcelona. Paisano nuestro es; noble su familia; respetada su casa; su edad no mucha; su inclinación á María manifiesta. Quien, como él, jamás amó, ¿qué mucho que tenga una pasión profunda? Es rica mina que nunca se ha explotado: mina su corazón y su caja mina.

CONDESA.

Pero yo temo que se esconda oculto amor en el pecho de María. Háloja pensativa á veces, melancólica siempre. Niña que á los diez y ocho años no rié; ó es que sueña en amores, ó que llora por esperanzas que no puede realizar Temó que Alberto

DOCTOR.

Alberto es abogado novel.

CONDESA.

Ha sido electo diputado á Cortes.

DOCTOR.

Diputado que no habla.

CONDESA.

Confío en que tendrá un gran porvenir.

DOCTOR.

Busco yo lo presente.

CONDESA.

Tiene notable talento.

DOCTOR.

Es pobre.

CONDESA.

Hace un año que se dedica á amar silencioso á María.

DOCTOR.

Pudiera haber dedicado el año á hacer fortuna.

CONDESA.

Creo que María no lo desdefía.

DOCTOR.

Desdéliolo yo, y es bastante.

CONDESA.

Yo protejo esa aspiracion de dos almas puras y nobles.

DOCTOR.

Señora, yo he comprometido mi palabra.

(Pausa. La condesa ha manifestado un cariño y un interes crecientes: los del alma honrada que quiere salvar á una víctima querida. El doctor, que se ha expresado con cierta indiferencia desdeñosa al principio, concluye con una fría decision, como quien deja caer el cuchillo sobre la víctima.)

CONDESA.

¿Violentar la voluntad de María? Podría ser de funestas consecuencias. Su alma es indómita, su cuerpo delicado. Si es suave y flexible como la hoja de una espada de Toledo, tiene, como ella, temple de acero.

DOCTOR.

Gloria es de hombres de corazon, dominar una espada de Toledo, y hacer de ella, en sus manos,

instrumento invencible. Con ella Pardabé vencido está.

CONDESA.

Vencido también está Alberto.

DOCTOR.

¿Y no podría vd., señora, impedir por hoy las visitas del diputado?

CONDESA.

¿Cerrar mi casa al hijo del mejor amigo de mi esposo? Imposible. Sabe vd., doctor, que él fué el único consuelo que tuvimos en aquella horrible desgracia. . . . Luégo, Alberto está encargado de todos mis negocios: nada sé hacer sin consultarle. . . . Le amo como si fuera hijo mío. . .

DOCTOR.

Bien, bien: no divaguemos. Pardabé vendrá muy pronto; y es necesario preparar á María. . . . Su boda. . . . Es preciso que perciba el aroma de los azahares. . . . esto entusiasma á las niñas.

CONDESA.

Doctor, es vd. como los griegos: quiere cubrir de flores á su víctima, para llevarla al sacrificio.

DOCTOR.

Condesa, permítame vd. que le recuerde. . . .

CONDESA.

Basta; voy á llamar á María. Ella resistirá. . . ella tiene derecho. . . .

DOCTOR.

Señora. . . .

CONDESA. (*Llamando: al ayuda de cámara que entra.*)

Que avisen á la señorita.

AYUDA DE CÁMARA.

Voy, señora condesa.

CONDESA.

Dios es bueno, y la salvará.

ESCENA II.

DICHOS. MARIA. (*Muy elegante, en traje de casa. Entra cantando.*)

MARIA.

Mamá. . . . Buenos días, doctor.

DOCTOR.

Venga vd. acá, niña. Siéntese vd. al lado de mamá, que tenemos cosas graves de que tratar.

MARIA. (*Sentándose. Pierde su alegría, y se queda meditabunda, como si un sentimiento oculto dominara las expansiones de su juventud.*)

¿Cosas graves, conmigo?

CONDESA.

Sí, hija mía. (*La condesa expresa un gran cariño, en el que se revela conmiseración ó lástima.*)

DOCTOR.

Sabe vd., María, que la he querido como un padre. (*La expresión del doctor, aún en sus frases más afectuosas, es fría, y manifiesta la contradicción que hay entre sus palabras y sus sentimientos.*)

MARIA.

¡Doctor!

DOCTOR.

Sí, niña: hace diez años que no pasa un solo día, sin que venga yo á charlar algunas horas en

compañía de vdes. ¿Recuerda vd. cuando, niña de ocho años, jugaba sobre mis rodillas?

MARIA.

Hay días que la memoria está más clara, como la atmósfera, que á veces está más transparente. Vense entónces tan cerca las montañas, que creyérase poder tocarlas con la mano; y los hechos pasados se aproximan también; los miramos como si estuvieran sucediendo en ese momento. Los días de clara atmósfera, son llamados hermosos días: mis días de clara memoria, son las horas negras de mi vida. (*La melancolía de María va aumentando en su semblante y en la expresión de lo que dice.*)

CONDESA.

¡Hija!

DOCTOR.

Domine vd. esa preocupación.

MARIA.

Sí, recuerdo que era yo entónces una niña de ocho años. Vd. me traía dulces y muñecas muy bonitas. Mi madre me daba algo más hermoso y que yo agradecía más: me daba . . . ¡muchos besos!

CONDESA. (*Acariciando á María.*)

¡Hija mía!

MARIA.

Así pasaron los años de la niñez.... Después crecí.... dejé la pensión por el Real y la Castellana..... las muñecas por los moños y las joyas.... Vd. cambió sus obsequios.... me traía preciosas alhajas.... Mi madre no cambió.... ¡me seguía dando besos!.... (*Una profundísima, pero vaga tristeza, domina á María.*)

CONDESA.

¡Hija del alma!

MARIA.

Hoy.... soy feliz.... casa suntuosa.... carruajes.... palco en los mejores teatros.... bailes.... una sociedad escogida.... agasajada por do quiera.... Amo las artes.... y ya ve vd.... el manantial de Carpaud..... Murillo..... el divino Morales..... el Españolito..... Deliro por la bella literatura, por las grandes concepciones dramáticas.... y ya ve vd. también... Shakespeare.... Calderon.... Moreto... Alarcón.... "Locura ó santidad".... "Como empieza y como acaba".... Me agrada la música.... y paso las horas al piano, hundiendo mi

alma en las profundidades resplandecientes de luz de la *Hebrea*, la *Africana*, ó la *Aida*, ó volando al cielo en las nubes de amorosos suspiros de la *Julieta* de Gounod, ó de la *Mignon* de Ambroise Thomas.... Y sobre todo, doctor, ¡mi madre me sigue besando! (*Dice esta última frase con santo entusiasmo y con voz de lágrimas, precipitándose en brazos de la condesa que la llena de besos.*)

CONDESA.

¡Mi hija!....

DOCTOR.

Confiesa vd., María, que la hemos rodeado de todo lo que pudiera hacerla feliz. Ahora tratamos de completar esa felicidad.

MARIA.

Espere vd., doctor.... á los ocho años volvía mi vista á lo pasado.... y recordaba apenas tres ó cuatro años, ya entre las hermosas paredes de esta casa.... Antes.... algo oscuro como negra habitacion.... no los besos de mi madre, sino lágrimas. ¿Por qué lloraba yo al pensar en eso?.... ¿Por qué lloro todavía?

(Mucha expresion en la actriz.)

CONDESA.

María, abandona esas tristes ideas.

DOCTOR.

Es vd. tan nerviosa, tan delicada. . . . Acaso los primeros amores. . . .

MARIA. (*Con exaltacion creciente.*)

¡Los primeros amores! Al abrirse los botones de sus rosas en nuestra alma, ¡cómo deben embriagarla con su aroma! ¡Sin duda que la razon se perturba, y los sentidos quedan inertes en ese éxtasis de supremo placer, en ese cloroformo de los dolores del corazon! (*Con abatimiento.*) Pero bien saben vdes., que yo no he tenido amores.

DOCTOR.

Mejor, mucho mejor. Es bueno llevar limpio el corazon, como el cuerpo, al altar del matrimonio. Pensamos casar á vd.

MARIA. (*Turbada.*)

¿Casarme? . . . (*Aparte.*) ¿Alberto tal vez? . . .

DOCTOR.

Sí, con D. José de Pardabé, el rico banquero nuestro paisano.

MARIA. (*Irguiéndose con altivez, y demostrando desde este momento la energia de su carácter.*)

Nunca, doctor. No le amo. Y juzgo que el amor solamente debe llevar dos almas al altar.

DOCTOR.

Pardabé es un gran partido. . . . un millonario. . . .

MARIA.

¿Se trata de casarme ó de venderme?

DOCTOR.

Señorita.

CONDESA.

Calla por Dios, hija.

MARIA.

Mándame tú, madre, que me case. . . . sacrifica á tu hija. . . . iré sonriendo al holocausto. . . . aunque se me despedace el corazon. . . . pero de mi suerte no deajo que disponga nadie más. . . . mi padre ha muerto

DOCTOR.

Pudiera decir á vd. . . .

CONDESA.

Alguien llega, doctor. Vamos á mi gabinete á seguir hablando. (*Esto en tono de súplica. Vánse.*)

ESCENA III.

MARIA. ALBERTO. (*Que entra.*)

ALBERTO.

Buenos días, María. ¿Y la señora condesa? Pero ¡qué miro! ¡Lágrimas en los ojos de vd?

MARIA.

Sí, Alberto: lágrimas. Vd. es mi amigo.... puedo decir el único.... En ese mundo lleno de gentes que no se interesan nunca por nuestras penas, que vive de ceremonias y frivolidades, y al cual jamas ocupa un pensamiento serio, es donde existe la verdadera soledad, el desierto del alma. Pero vd. si es mi amigo....

ALBERTO.

¿Quién podría negarlo? Cuénteme vd. si tiene alguna pena, y si yo puedo remediarla.

MARIA.

Remediarla no; pero consolarme.... aconsejarme.... (*Pausa.*) Mamá quiere casarme.

ALBERTO. (*Con inquietud.*)

¿Casar á vd? ¿Con quién?

MARIA.

Con el banquero Pardabé, con un millonario.

ALBERTO.

¿Y vd?

MARIA.

Yo me opondré. Ese matrimonio sería una venta. Mujer que se casa con un millonario, y vende su mano, es mujer despreciable, y yo no quiero despreciarme á mí misma. Búscase hoy en el matrimonio el dinero, sólo el dinero. Pues qué, ¿los corazones han dejado de palpar, y son relojes parados á los que se ha olvidado de dar cuerda? (*Que da triste y pensativa.*)

ALBERTO. (*Aparte.*)

¡Dios mío! es rica.... muy rica.... creería que mi amor buscaba su dote.... jamas.... callaré....

MARIA.

¿No me da vd. un consejo?

ALBERTO.

¿Vd. no ama á Pardabé?

MARIA.

¿Y cómo amarle? Le conozco poco: le he visto en sociedad, y me ha parecido insoportable. De edad, no mozo; de talento, no brillante; de corazón secado en los negocios; reduce su ingenio á decir chistes, y á reírse de ellos, con una sonrisita que me hace el efecto del estereotipo. Pues si no deslumbra su talento, si su corazón no se desborda en nobles sentimientos, si su frente no refleja esa luz indefinible que llamamos simpatía, ¿cómo amarle? ¿cómo? Soy muy digna, para casarme con un hombre á quien no ámo. Soy muy altiva, para amar á un hombre que no sea superior á mí. (*Vuelve á quedar pensativa.*)

ALBERTO. (*Aparte.*)

Bien hago en callar.... yo soy pobre.... inferior á ella.... me despreciaría su altivez....

MARIA.

¿Estaba vd. pensando?....

AYUDA DE CÁMARA. (*Anunciando.*)

El Sr. D. José de Pardabé.

MARIA. (*Yéndose.*)

Voy á avisar á mamá.

(*Quedan solos Alberto y Pardabé. Este elegante y ceremonioso; pero con su continua risita en los labios.*)

ESCENA IV.

ALBERTO Y PARDABE.

PARDABE.

Mucho gusto en ver á vd., Sr. de Cerdá.

ALBERTO.

Sr. de Pardabé....

PARDABE.

Sentí un verdadero placer al mirar, no ha muchos días, entrar en las Cortes á mi jóven paisano, aunque jamas antes lo había tratado. Verdad es, que como somos de distintas fracciones, no nos he-

mos hablado. Cataluña se divide. Como es mujer, tiene muchos sentimientos á la vez, ¿eh? ¡Je, je, je, je!

ALBERTO.

¿Vd. viene... á ver á la señora condesa?

PARDABE.

Vengo por algo mejor, paisano. Voy á contarle á vd. una novela, ó cosa que se le parece. ¡Je, je, je, je!

ALBERTO. (*Aparte.*)

Me es insoportable este hombre.

(Toman asiento como dos personas acostumbradas á la buena sociedad, aunque hasta en esto se distingue que Alberto tiene una finura natural, y que Pardabé la ha adquirido.)

PARDABE.

De simple jornalero subí á dueño de fábricas, y con el sudor de mi frente amasé algunos millones de duros en Barcelona. ¿Qué le parece á vd? ¡Je, je, je, je, je!

ALBERTO.

Peréceme, Sr. de Pardabé, que el trabajo debería ser lo único que diera derecho á la fortuna. Cuando veo á tanto jóven ignorante, insulso, perezoso,

y que es por añadidura, saco ricamente adornado por fuera, y por dentro abundante acopio de vicios; y á todos estos jovencitos, empleados solamente en hacer gastos siempre supérfluos que arruinan á sus familias, ó en dilapidar ingratos la herencia de sus padres; llego á perder toda esperanza para nuestra nacion. Pero cuando en mi camino hallo á un hombre que como vd. se ha levantado por sí mismo y gracias á nobles y poderosos esfuerzos, me digo: esperemos aún para la patria; ¡todavía hay hombres que trabajan!

Tal vez tenga razones para no simpatizar con vd.; pero hay, sin embargo, un lazo que nos une á todos los proletarios. Proletarios, sí. ¿Cree vd. que con sus millones no lo es? Llamamos proletario al que necesitando diez, trabaja todo el día para adquirirlos. Y nosotros que necesitamos mil, que aspiramos á millones, y que pasamos igualmente la vida en conseguirlos, ¿qué otra cosa somos sino grandes proletarios? He aquí el único título de nobleza que nuestro siglo legará al venidero: el proletariado. ¡Gloria y honra al trabajo! (*Pausa.*) Pero decía vd. que había venido....

PARDABE.

¡Ah! sí. Yo soy muy afecto á los teatros. Una noche fuí al Español ó del Príncipe, como lo lla-

maban nuestros padres. Hoy todas las cosas cambian de nombre. ¡Je, je, je, je, je! Desde el anfiteatro, vi en un palco principal á María.... toda la funcion la vi....

ALBERTO.

Recuerdo esa noche.... Se estrenó el *Iris de Paz* de Echegaray.... ese arrullo de dos tórtolas enamoradas....

PARDABE.

Al día siguiente, despues de maduras reflexiones, me dije: "me conviene María." Jamas se me había ocurrido la idea de casarme. Una vez, cuando jóven, me impresionó la belleza de cierta confitera llamada Pascuala.... fui á mi almacén á escribirle una declaracion.... y aunque la comencé por las acostumbradas palabras de "ángel mio".... no sé que cuenta me vino al magín, que al concluir el pliego, me encontré sin saber cómo, con estas otras: "Total—2,328 pacas de algodón." ¡Je, je, je, je, je!

ALBERTO.

¿Pero vd. dijo algo á María?

PARDABE.

No, nada: convidé á almorzar á mi amigo el

doctor, y le conté mis impresiones. En la tarde, cuando fuimos á la Castellana, le dije mostrándole el obelisco: "yo soy como él: mi dinero es mi base de granito; yo, la solitaria aguja de pórvido; pero me falta la estrella de bronce que lo corona: esa estrella será María." ¿Qué tal comparacion? Es genio tan superior el amor, que hace poetas á los más tranquilos. ¡Je, je, je, je, je!

ALBERTO.

¿Y el doctor es quien ha arreglado?....

PARDABE.

Ese sublime doctor. Díjome solamente, que para unirme á una condesita, necesitaba yo algun título. Parece que á él no le basta el de gran proletario que á vd. tanto le entusiasma. ¡Je, je je, je!

ALBERTO.

¿Y ese título?....

PARDABE.

Buena suma me cuesta. Aprobado hoy el Concordato en las Cortes, seré nombrado embajador en Roma.

ALBERTO.

¿Y si no se aprueba?

PARDABE.

Se aprobará . . . el Gobierno lo quiere . . . y Castelar está enfermo.

ALBERTO.

Las señoras.

(En el aspecto de la condesa se nota gran contrariedad, dominada por el hábito del bien parecer. En María se unen el pesar, y la altivez que anuncia la resistencia: su primera mirada es para Alberto. Este toma el aire frío de la contrariedad, y del sufrimiento sostenido por el orgullo. Pardabé sólo manifiesta que es un tonto.)

ESCENA V.

DICHOS. LA CONDESA Y MARIA.

CONDESA.

Sr. de Pardabé . . . Alberto . . .

MARIA.

Caballero . . .

PARDABE.

Señoras . . .

ALBERTO. (*Oprimiendo la mano de la condesa.*)

Señora . . .

(Se sientan. María y la condesa en el sofá; aquella cerca de la chimenea. Pardabé en la butaca, junto al sofá. Alberto del otro lado del velador; pero de modo que pueda estar viendo á cada momento á María.)

CONDESA. (*A Pardabé.*)

¿Estuvo vd. anoche en el Real?

PARDABE.

¡Ah! sí. Ese teatro tan elegante, que hasta la figura de su planta tiene la forma de la espalda de un frac. ¡Je, je, je, je, je!

CONDESA.

¿La Boldun se casa?

ALBERTO.

Y Vico se enferma.

PARDABE.

Tamberlik envejece.

CONDESA.

El teatro se muere. Si no tuviéramos á Echegaray.

PARDABE.

¿A vd. le gusta Echegaray? Lo he oído criticar tanto . . . pero me entusiasma.

CONDESA.

Gusto siempre del genio. La roedora y chillante crítica de la envidia es como el violencello de notas ásperas; sirve para completar la armonía de la orquesta.

MARIA.

Criticánle á Echegaray los sueños de su talento. Que impidan que los corazones sueñen, y entónces habrán triunfado.

PARDABE.

Valor se necesita para atacarlo.

ALBERTO.

El mismo que tiene el mosquito para picar al leon. Le incomodará; pero el mosquito quedará mosquito; y el leon, leon.

PARDABE.

Hay muchos de ideas contrarias entre nuestros literatos.

ALBERTO.

Siempre hay en la tierra más mosquitos zumbadores, que leones altivos.

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y EL DOCTOR. (*Este entra y saluda muy afectuoso á Pardabé, frío á Alberto, y se sienta en una silla que pone entre los dos.*)

DOCTOR.

Amigo Pardabé . . . Sr. Cerdá . . . Vamos á tratar del importante asunto que nos reúne: es un asunto de familia.

(*Dice la última frase con intencion, y viendo de soslayo á Alberto, como dándole á entender que está de más. Lo nota Maria, y dice con precipitacion y gracia:*)

MARIA.

Para lo cual nos acompaña nuestro abogado, que estoy segura, sabrá defender mis derechos.

ALBERTO.

Siempre, María, emplearé en favor de vd. lo poco que valgo.

DOCTOR. (*Que se ha enfadado con el incidente.*)

Bien, bien: vamos al negocio. Señora condesa, tengo la honra de pedir á vd. la mano de su hija María para mi amigo el Sr. D. José de Pardabé, rico banquero de Barcelona y diputado á Cortes.

PARDABE. (*Interrumpiendo.*)

Puede vd. agregar: "y embajador de España cerca de Su Santidad Pio Nono." El ministro me ha ofrecido el nombramiento, luégo que se apruebe el Concordato; y como hoy se aprobará, puedo llamarme ya embajador. ¡Je, je, je, je!

(María está pálida; pero manifiesta en su semblante la decision de oponerse. Alberto reprime su sufrimiento, y finge distraerse contemplando un bronce.)

CONDESA.

¡Cosa es ésta tan grave! Encierra en sí todo el porvenir de María.... y aunque no puedo ménos de agradecer la honra que el Sr. de Pardabé nos hace.... pero creo que me permitirá consultar con mi hija.... y dentro de algunos días....

PARDABE. (*Interrumpiendo.*)

Imposible, señora condesa, imposible. El ministro quiere que, aprobado hoy el Concordato, salga yo en el *express* de la noche para Roma.... y ya quiero llevarme á la embajadora. ¡Je, je, je!

MARIA.

Permítame vd., señor....

PARDABE. (*Interrumpiendo.*)

Señorita, esto es tan urgente, que ya he encargado las dispensas civiles y eclesiásticas para esta tarde: así podrá verificarse á las ocho nuestro enlace, y á la media noche partiremos á la luz de la luna, por más nieve que caiga; que si no hay luna en el cielo, iremos con nuestra luna de miel. ¡Je, je, je, je!

ALBERTO.

De manera que vd. contaba como seguro su matrimonio desde ántes de venir aquí.

DOCTOR. (*Con enfado.*)

¿Quién lo duda? La señora condesa ya me había dado á conocer su consentimiento. Arreglado el nombramiento de embajador.... listas las dis-

pensas . . . he cuidado aún del traje de boda, que dentro de muy poco traerán. ¿Qué falta, señor abogado?

MARIA. (*Poniéndose de pié, dice con altivez:*)

Falta, señor doctor, mi voluntad. No quiero casarme todavía.

CONDESA.

María, piensa . . .

MARIA.

¿Tambien tú, madre?

PARDABE.

Yo me atrevo á asegurar á vd. que será la reina de mi casa. Yo le entregaré un amor muy grande. No soy un jóven; pero el vino viejo es el mejor. ¡Je, je, je, je!

DOCTOR.

¡Cuánto mejor es, María, casarse con un hombre honrado á carta cabal, y que no busca en vd. sino la hermosura y la virtud! Otros habrá tal vez que aspiren á su mano. ¿Pero sabe vd. si el primer incentivo de su amor no es su rica dote? ¡Es

tan cómodo casarse con una jóven bella . . . y por complemento rica! Yo preferiría cien veces á una persona respetable como el Sr. de Pardabé. Nadie dirá que se quiere vender al casarse.

MARIA.

Pero como es mucho más rico que yo, decir podrían, que si no se vende, quiere comprar. Yo tampoco me vendo, doctor. No hay oro en el mundo que pudiera comprar una de mis sonrisas.

ALBERTO.

Muy bien dicho, María.

DOCTOR. (*Con sarcasmo.*)

De manera que vd. preferiría para esta niña á un jóven pobre, que tuviera la poca delicadeza de vivir en la casa de su esposa, de pasear en la carroza de su esposa, de ir al teatro de la Comedia ó de la Zarzuela al palco de su esposa . . .

ALBERTO. (*Abatido y aparte.*)

Podrían pensar de mí . . .

MARIA.

Creo que Alberto estará de mi parte.

ALBERTO. (*Que lucha entre su amor y el ridículo de aparecer amando á María por su dote, se decide á satisfacer su orgullo ántes que su corazón.*)

María, la señora condesa lo dispone . . .

MARIA. (*Que siente el golpe; pero lo recibe con altivez, dice aparte.*)

Y creí que me amaba.

CONDESA.

Acepta, María.

MARIA.

Yo no puedo ir al altar sin amor. Mañana acaso una pasión avasalladora me empujaría á otro hombre que no fuese mi marido; y entonces, ó me sacrificaría, haciendo al mismo tiempo de víctima y de verdugo; ó si tanto no podía mi virtud, mancharía el nombre honrado de mi esposo.

DOCTOR.

La virtud jamas . . .

CONDESA.

¿Amas á algun hombre?

MARIA. (*Que cree que no la ama Alberto, ó que la desdénia, dice con suprema altivez:*)

A nadie, á nadie.

ALBERTO. (*Aparte.*)

Yo soñaba.

CONDESA. (*Aparte.*)

¿Sería ilusion?

DOCTOR.

Pues cuando el corazón está virgen, y una niña virtuosa se une á un hombre honrado, nace al principio noble amistad, que más tarde en santo cariño se convierte.

PARDABE.

Yo, señorita, ofrezco á vd. dedicarle toda mi existencia; ser esclavo de sus caprichos. Será vd. en mi casa, no la esposa, la reina; no la reina, la diosa.

MARIA.

Gracias, señor. Me conmueve su lealtad y me enternece su cariño . . . pero he resuelto no casarme.

DOCTOR. (*Con impaciencia.*)

Ello es preciso.

MARIA.

Insistencia como ésta.

DOCTOR.

Nuestra palabra está comprometida.

MARIA.

Mi corazon es mío.

DOCTOR.

Un gran partido....

MARIA.

La amistad de vd. no le autoriza....

DOCTOR.

Un embajador....

MARIA.

A quien, sin ningun derecho, no sé por qué motivo, quisiera vd. sacrificarme.

CONDESA. (*Conteniéndola.*)

Calla.

DOCTOR.

Un millonario....

MARIA. (*Sin poder contenerse, y con supremo desden.*)

Doctor, ¿cuánto le han ofrecido á vd?

PARDABE.

Señorita....

ALBERTO.

María.

CONDESA.

¡Por Dios!

(*Todo esto simultáneo.*)DOCTOR. (*Con mucha dureza.*)

Es preciso que se celebre este matrimonio hoy mismo.

MARIA.

Madre.... ¡pero este hombre es un infame!

CONDESA. (*Bajo á Maria, y con angustia.*)

Calla, desventurada; ¡el doctor es tu padre!

MARIA.

¡Ah! (*Cae desmayada. Todos se acercan, ménos el doctor.*)

(*Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

(*Ha entrado la noche. El salón está iluminado únicamente por la luz de la chimenea. En el sofá hay un vestido blanco de novia que refleja los tintes rojos del fuego. Aparece solo el salón. Un momento después de alzado el telón, sale de su cuarto María, como si acabara de despertar, con el peinado algo descompuesto: se para en la puerta.*)

ESCENA I.

MARIA.

¿Qué me ha pasado? . . . Me parece que de larguísimo sueño despierto. . . ¡Ah! ya recuerdo. . . Pero sin duda lo he soñado. . . ¡Qué el doctor es mi padre! . . . ¿Entonces no lo fué el noble y honrado conde de Monjuich? . . . ¿Entonces soy la hija del crimen? . . . ¡Oh! nunca ¡madre mía! Siento en mi corazón que eres honrada. . . Y no fué un sueño. . . no. . . no lo fué. . . Yo debí